

Zygmunt Bauman

Trabajo, consumismo
y nuevos pobres

Traducción de
Victoria de los Ángeles Boschioli

Herder

Título original: Work, consumerism and the new poor
Traducción: Victoria de los Ángeles Boschioli
Diseño de la cubierta: Claudio Bado

© 1998, *Open International Publishing Limited, Londres*
© 2025, *Herder Editorial, S.L., Barcelona*

ISBN: 978-84-254-5350-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Sagrafic
Depósito legal: B-7.052-2026

Impreso en España – Printed in Spain

Herder
www.herdereditorial.com

Índice

AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN	II

PRIMERA PARTE

I. EL SIGNIFICADO DEL TRABAJO: PRESENTACIÓN	
DE LA ÉTICA DEL TRABAJO	17
Cómo se logró que la gente trabajara	20
«Trabaje o muera»	29
Producir a los productores	39
De «mejor» a «más»	45
2. DE LA ÉTICA DEL TRABAJO A LA ESTÉTICA	
DEL CONSUMO	51
Cómo se genera un consumidor	58
El trabajo juzgado desde la estética	65
La vocación como privilegio	70
Ser pobre en una sociedad de consumo	77

SEGUNDA PARTE

3. ASCENSO Y CAÍDA DEL ESTADO BENEFACTOR	91
Entre la inclusión y la exclusión	96
El Estado benefactor, sin trabajo	102

¿La mayoría satisfecha?	111
El éxito que provocó el fin	119
4. LA ÉTICA DEL TRABAJO Y LOS NUEVOS POBRES	125
El descubrimiento de la «clase marginada»	131
La marginación de la ética del trabajo	135
Ser pobre es un delito	146
Expulsión del universo de las obligaciones morales	155

TERCERA PARTE

5. PERSPECTIVAS PARA LOS NUEVOS POBRES	165
Los pobres, ya sin función	171
Sin función ni deber moral	181
¿Una ética para el trabajo o una ética para la vida?	188

Agradecimientos

En primer lugar, deseo agradecer a Venessa Baird, que me estimuló a estudiar detenidamente las marchas y contramarchas de la ética del trabajo. Después, a Peter Beilharz, quien me hizo volver a los temas que, años atrás, intenté desentrañar en mi libro *Memorias de clase*, y que había desatendido desde entonces. También a Claus Offe, que aceptó compartir conmigo su visión, percepción y conocimiento del tema que tanto me apasiona. Por último —por último en orden, aunque no en importancia—, quiero señalar mi reconocimiento a Tim May, sin cuya paciencia, decisión y comprensión del propósito del trabajo todos mis esfuerzos habrían sido vanos.

Introducción

Siempre habrá pobres entre nosotros: ya lo dice la sabiduría popular. Pero esa sabiduría no está tan segura ni es tan categórica sobre la difícil cuestión de cómo se hace pobres a los pobres y cómo se llega a verlos como tales. Tampoco, hasta qué punto el modo en que se los hace y se los ve depende de la manera en que nosotros (la gente común, ni ricos ni pobres) vivimos nuestra vida y elogiamos o despreciamos la forma en que otros lo hacen.

Es una omisión lamentable; y no solo porque los pobres necesitan y merecen toda la atención que podamos brindarles, sino también porque solemos transferir nuestros temores y ansiedades ocultos a la idea que tenemos de los pobres. Un análisis detenido del modo en que lo hacemos puede revelarnos algunos aspectos importantes de nosotros mismos. Este libro intenta responder esos «cómo» y contar, también, la parte de la historia de la pobreza a menudo pasada por alto, minimizada o deliberadamente ocultada. Y al intentar esas respuestas, realizará también, quizás, algún aporte a nuestro autoconocimiento. Siempre habrá pobres entre nosotros; pero ser pobre quiere decir cosas bien distintas según entre quiénes de nosotros esos pobres se encuentren. No es lo mismo ser pobre en una sociedad que

empuja a cada adulto al trabajo productivo, que serlo en una sociedad que —gracias a la enorme riqueza acumulada en siglos de trabajo— puede producir lo necesario sin la participación de una amplia y creciente porción de sus miembros. Una cosa es ser pobre en una comunidad de productores con trabajo para todos; otra, totalmente diferente, es serlo en una sociedad de consumidores cuyos proyectos de vida se construyen sobre las opciones de consumo y no sobre el trabajo, la capacidad profesional o el empleo disponible. Si en otra época «ser pobre» significaba estar sin trabajo, hoy alude fundamentalmente a la condición de un consumidor expulsado del mercado. La diferencia modifica radicalmente la situación, tanto en lo que se refiere a la experiencia de vivir en la pobreza como a las oportunidades y perspectivas de escapar de ella.

Este libro se propone examinar el desarrollo del cambio producido a lo largo de la historia moderna y pasar revista a sus consecuencias. Y al mismo tiempo, considerar hasta qué punto son adecuados o no (como puede llegar a suceder) los recordados y probados medios de contener la pobreza creciente y mitigar sus sufrimientos. Solo así será posible comprenderla y enfrentarla en su forma actual.

El primer capítulo recuerda los orígenes de la ética del trabajo, de la cual se esperaba —desde el comienzo de los tiempos modernos— que atrajera a los pobres hacia las fábricas, erradicara la pobreza y garantizara la paz social. En la práctica, sirvió para entrenar y disciplinar a la gente, inculcándole la obediencia necesaria para que el nuevo régimen fabril funcionara correctamente.

En el segundo capítulo se relata el pasaje, gradual pero implacable, desde la primera hasta la actual etapa de la sociedad moderna: de una «sociedad de productores» a otra

«de consumidores»; de una sociedad orientada por la ética del trabajo a otra gobernada por la estética del consumo. En el nuevo mundo de los consumidores, la producción masiva no requiere ya mano de obra masiva. Por eso los pobres, que alguna vez cumplieron el papel de «ejército de reserva de mano de obra», pasan a ser ahora «consumidores expulsados del mercado». Esto los despoja de cualquier función útil (real o potencial) con profundas consecuencias para su ubicación en la sociedad y sus posibilidades de mejorar en ella.

El tercer capítulo analiza el ascenso y la caída del Estado benefactor. Muestra la íntima conexión entre las transformaciones descritas en el capítulo anterior, el surgimiento repentino de un consenso público que favorece la responsabilidad colectiva por el infortunio individual y la igualmente abrupta aparición de la actual opinión opuesta.

El cuarto capítulo se ocupa de las consecuencias: una nueva forma de producir socialmente y definir culturalmente a los pobres. El concepto tan de moda de «clase marginada» es analizado en detalle. La conclusión es que funciona como instrumento de formas y causas muy variadas, «alimentadas desde el poder», que contribuyen a aquella marginación y crean la imagen de una categoría inferior: gente plagada de defectos que constituye un «verdadero problema social».

Por último, se estudia el futuro posible de los pobres y la pobreza, así como la eventualidad de darle a la ética del trabajo un nuevo significado, más acorde con la situación actual de las sociedades desarrolladas. ¿Es factible combatir la pobreza y vencerla con ayuda de métodos ortodoxos, hechos a la medida de una sociedad que ya no existe? ¿O deberemos buscar nuevas soluciones, como separar el dere-

cho a la vida de la venta de mano de obra y extender el concepto de trabajo más allá del aceptado por el mercado laboral? ¿Y con qué urgencia es necesario enfrentar estos problemas sociales para encontrarles respuestas prácticas?

Primera parte

1. El significado del trabajo: presentación de la ética del trabajo

¿Qué es la ética del trabajo? En pocas palabras, es una norma de vida con dos premisas explícitas y dos presunciones tácitas.

La primera premisa dice que, si se quiere conseguir lo necesario para vivir y ser feliz, hay que hacer algo que los demás consideren valioso y digno de un pago. Nada es gratis: se trata siempre de un *quid pro quo*, de un «doy algo para que me des»; es preciso dar primero para recibir después.

La segunda premisa afirma que está mal, que es necio y moralmente dañino, conformarse con lo ya conseguido y quedarse con menos en lugar de buscar más; que es absurdo e irracional dejar de esforzarse después de haber alcanzado la satisfacción; que no es decoroso descansar, salvo para reunir fuerzas y seguir trabajando. Dicho de otro modo: trabajar es un valor en sí mismo, una actividad noble y jerarquizadora.

Y la norma continúa: hay que seguir trabajando aunque no se vea qué cosa que no se tenga podrá aportarnos el trabajo, y aunque eso no lo necesitemos para nada. Trabajar es bueno; no hacerlo es malo.

La primera presunción tácita —sin la cual ni el mandato mismo, ni ninguna de las premisas señaladas resultarían tan obvios— es que la mayoría de la gente tiene una capacidad

de trabajo que vender y puede ganarse la vida ofreciéndola para obtener a cambio lo que merece; todo lo que la gente posee es una recompensa por su trabajo anterior y por estar dispuesta a seguir trabajando. El trabajo es el estado normal de los seres humanos; no trabajar es anormal. La mayor parte de la gente cumple con sus obligaciones y sería injusto pedirle que compartiera sus beneficios o ganancias con los demás, que también pueden hacerlo pero, por una u otra razón, no lo hacen.

La otra presunción sostiene que solo el trabajo cuyo valor es reconocido por los demás (trabajo por el que hay que pagar salarios o jornales, que puede venderse y está en condiciones de ser comprado) tiene el valor moral consagrado por la ética del trabajo. Este, aunque breve, es un resumen adecuado de la forma que la ética del trabajo adoptó en nuestra sociedad, la sociedad «moderna».

Cuando se habla de ética, es casi seguro que a alguien no le satisface la forma de comportarse de otros, que preferiría encontrar en ellos otra conducta. Pocas veces esta observación tuvo más sentido que en el caso de la ética del trabajo.

Desde que hizo irrupción en la conciencia europea durante las primeras épocas de la industrialización —y a través de los numerosos y tortuosos avatares de la modernidad y la «modernización»—, la ética del trabajo sirvió a políticos, filósofos y predicadores para desterrar por las buenas o por las malas (o como excusa para hacerlo) el difundido hábito que vieron como principal obstáculo para el nuevo y espléndido mundo que intentaban construir: la generalizada tendencia a evitar, en lo posible, las aparentes bendiciones ofrecidas por el trabajo en las fábricas y a resistirse al ritmo de vida fijado por el capataz, el reloj y la máquina.

Cuando el concepto hizo su aparición en el debate público, la malsana y peligrosa costumbre que la ética del trabajo debía combatir, destruir y erradicar se apoyaba en la tendencia —muy humana— a considerar ya dadas las necesidades propias, y a limitarse a satisfacerlas. Nada más. Una vez cubiertas esas necesidades básicas, los obreros «tradicionalistas» no le encontraban sentido a seguir trabajando o a ganar más dinero; después de todo, ¿para qué? Había otras cosas más interesantes y dignas de hacer, que no se podían comprar pero se escapaban, se ignoraban o se perdían si uno pasaba el día desvelándose tras el dinero. Era posible vivir decentemente con muy poco; el umbral de lo que se consideraba digno estaba ya fijado, y no había por qué atravesarlo; una vez alcanzado el límite, no había urgencia alguna por ascender. Al menos, así pintaban la situación los empresarios de la época, los economistas que se afanaban por entender los problemas de esos empresarios y los predicadores morales, ansiosos por que las cosas mejoraran.

La memoria histórica permanece a salvo: la historia la escriben los triunfadores. No sorprende, por eso, que este cuadro de situación pasara a formar parte del esquema del relato histórico y se convirtiera en la crónica oficial de la dura batalla librada por los pioneros de la razón moderna contra la irracional, ignorante, insensata e imperdonable resistencia al progreso. Según esa crónica, el objetivo de la guerra era lograr que los ciegos vieran la luz, obligar a los necios a emplear su inteligencia, y enseñarles a todos a aspirar a una vida mejor, a desear cosas nuevas y superiores, y —a través de ese deseo— mejorarse a sí mismos. En caso necesario, sin embargo, había que obligar a los recalcitrantes a actuar como si en realidad tuvieran esos deseos.

En la práctica, los hechos sucedieron exactamente al revés de lo que sugerían los primeros empresarios en sus quejas

contra los lentos y perezosos brazos de los obreros; también al revés de lo que economistas y sociólogos, más adelante, consideraron verdad histórica comprobada. En rigor, la aparición del régimen fabril puso fin al romance entre el artesano y su trabajo: lo contrario de lo que postulaba la «ética del trabajo». La cruzada moral que la historia describió como una batalla para *introducir* la ética del trabajo (o como la educación para poner en práctica el «principio del buen rendimiento») fue, en realidad, un intento de *resucitar* actitudes características del período preindustrial, pero en condiciones nuevas que las despojaban de sentido. El propósito de la cruzada moral era recrear, dentro de la fábrica y bajo la disciplina impuesta por los patrones, el compromiso pleno con el trabajo artesanal, la dedicación incondicional al mismo y el cumplimiento, en el mejor nivel posible, de las tareas impuestas. Las mismas actitudes que —cuando ejercía el control sobre su propio trabajo— el artesano adoptaba espontáneamente.

Cómo se logró que la gente trabajara

John Stuart Mill se quejaba de «buscar en vano, entre las clases obreras en general, el legítimo orgullo de brindar un buen trabajo a cambio de una buena remuneración». La única aspiración que encontraba era, «en la mayoría de los casos, la de recibir mucho y devolver la menor cantidad de servicios posibles».¹ Stuart Mill se lamentaba, en realidad, por la conversión demasiado rápida de los antiguos artesanos (ya obreros) a la racionalidad del mercado —desprovista de emoción y

1 J.S. Mill, *Principles of Political Economy*, vol. II, Londres, John W. Parker & Son, 1848, p. 337 [trad. cast: *Principios de economía política; con algunas de sus aplicaciones a la filosofía*, Ciudad de México, FCE, 1951].